

ejerce sus virtudes; virtudes que nadie podrá disputar á una persona, que habiendo figurado en tanta elevacion, ha logrado preservarse de la maledicencia de un pueblo libre y satírico, no ménos que del encono feroz de las pasiones y los partidos, que á nadie perdonan, cuando hallan el menor pretexto para la calumnia. Al contrario, los hombres grandes de todas opiniones han manifestado la admiracion que les merecía: Chateaubriand, Lainé, Martiñac y el mariscal Clausel le han tributado los mas justos elogios; y el mismo Napoleon, que era escaso en dispensarlos, sobre todo á los Borbones, solia decir, que *MARÍA TERESA era el único hombre de su familia.*

LUIS XVIII.

LUIS-ESTANISLAO-JAVIER, hermano de Luis XVI, nació en Versalles el 17 de noviembre de 1755, y recibió el título de conde de Provenza.

Entre los diferentes hombres distinguidos por su erudicion y virtud, á quienes estaba encargada la educacion de los hijos del Delfin, era uno el padre Berthier, jesuita, el cual preguntado un dia acerca del juicio que había

formado de sus alumnos, y particularmente del que destinaba la Providencia para reinar después de su hermano, respondió: « Nunca he conocido ningún muchacho de la edad del conde de Provenza, que dé mayores esperanzas; y tengo fundamentos para opinar, que si Dios le eleva á la mayor dignidad, lo que no parece probable por ahora, las realizará completamente. No he visto joven alguno que tuviese un juicio más sano, un entendimiento más recto, un talento más sólido, ni que hiciese reflexiones tan profundas sobre lo que lee: es una cabeza amoldada para los negocios de importancia. Junta á esto una memoria no solo prodigiosa, sino de tal naturaleza que ordena en ella todas las especies de modo que no se olvida de ninguna de las que quiere retener. »

Pasó la juventud entregado á las más útiles ocupaciones, al estudio de las

bellas letras y á la filosofía. Cuando los sucesos políticos de 1791 le obligaron á ausentarse de Francia, manifestó calidades muy recomendables en sus relaciones con los extranjeros y con los franceses. Su corazón era naturalmente noble y generoso; y la tolerancia con que miraba á las personas que tomaban parte en los sucesos y mudanzas políticas de la Francia, era extensiva á los casos en que, por atravesarse una ofensa personal, se hacía más difícil superar los estímulos del amor propio. Hallándose en Dillingen, pequeña ciudad situada á las orillas del Danubio, asomado á una ventana de su alojamiento, un tiro disparado de otra casa le hirió en la frente, sin que se persiguiese al autor del atentado. Luis mandó que se guardase silencio, y prohibió que se hiciese la menor pesquisa, ni se causase inquietud al asesino. Contentóse con decir: *Si el tiro hubiese bajado un po-*

co, el rey de Francia se llamaría ahora Carlos x.

Guillotinado Luis xvi y muerto su hijo, á quien los realistas emigrados denominaron Luis xvii, recayó el derecho de la corona en Luis-Estanslao-Javier, como hermano mayor de aquel, y fué reconocido, con el título de Luis xviii, por todas las potencias que estaban en guerra con el Gobierno de la Francia de aquella época. No teniendo territorio donde ejercer su autoridad, eran vasallos suyos los que formaban el ejército realista, que protegido unas veces y abandonado otras por sus aliados, seguía la suerte que la política de las naciones le prescribía.

En la familia de los Borbones se contaban tantos sujetos que habían seguido la carrera militar y que deseaban acreditarse con hechos que les diesen opinión é influencia en su país, que nunca fué necesario que Luis se pusiese á

la cabeza de ningun cuerpo de ejército. Sin embargo algunas veces se presentó en ellos para inspirar confianza y valor, si bien siempre se mantenía á alguna distancia de los republicanos, no fuese que la impetuosidad de sus movimientos, ó algun golpe de mano, como sucedió mas tarde con el desgraciado duque de Enghien, les proporcionase la ventaja de hacerle experimentar la suerte de Luis xvi.

Pero aunque no estuviese dotado de espíritu guerrero, no le faltaba valor cívico, ni aquella decision propia del pundonor, que prueba mejor la fortaleza del ánimo, que la serenidad en las empresas militares. Nadie dudará de sus sentimientos de dignidad y firmeza, al leer la siguiente respuesta á Bonaparte, cuando le propuso que renunciase el trono de Francia.

« Varsovia, 22 de febrero de 1803.

« No confundo á Bonaparte con los
« que le han precedido : aprecio su va-
« lor y sus talentos militares , y le estoy
« reconocido por muchas de las dispo-
« siciones que ha tomado , porqué siem-
« pre me será grato el bien que se haga
« á mi pueblo. Pero se equivoca, si cree
« induirme á transigir acerca de mis
« derechos : si pudiesen disputarse , el
« paso que acaba de dar, pondría fuera
« de toda duda su legitimidad. »

« No me es dado penetrar los desig-
« nios de Dios respecto de mi dinastía
« y de mi persona ; pero conozco las o-
« bligaciones que me impone la clase ,
« en que su divina voluntad me ha co-
« locado. Como cristiano , cumpliré con
« mi deber hasta el último aliento ; á e-
« jemplo de san Luis , á quien cuento
« entre mis progenitores , nada haré ,
« aun cargado de grillos , que desdiga

« de mi dignidad ; y como descendien-
« te de Francisco I , quiero á lo ménos
« poder decir con él : *Todo lo hemos*
« *perdido sinó el honor.* »

La Francia despues de haber sufrido varias vicisitudes en la forma de su Gobierno durante la república , declaró primer cónsul á Napoleon , que no tardó en proclamarse emperador de los franceses. Anuladas las libertades públicas y fatigado el pais de los sacrificios que le costaban sus victorias , tuvo que ceder á los esfuerzos de la Europa coligada ; y la restauracion de los Borbones se creyó el medio mas oportuno para asegurar la paz y el reposo que todas las naciones anhelaban.

Habían trascurrido veinte y cinco años de convulsiones y de guerras desastrosas. Un frenesí insaciable de gloria y de conquistas había abrumado á la Francia , cuyos progresos en la ilustracion iban siempre en aumento. No

era por tanto posible restablecer el antiguo trono de los Borbones, rodeado de una nobleza tan vieja como sus pergaminos, de un clero que disfrutase de rentas exorbitantes y esenciones odiosas, ni de un ejército, en cuyos grados no tuviesen entrada mas que las personas de ciertas categorías. Los antiguos parlamentos y el servicio personal, impuesto solo sobre el estado llano, no podían ser ya de moda, y los franceses se hubiesen resistido á pagar las contribuciones de un presupuesto arbitrario, forjado por el capricho de cualquier ministro.

Luis xviii conocía las necesidades que el tiempo y los acontecimientos reclamaban para la nacion que iba á gobernar, y dirigido por su sagacidad y por sus conocimientos en materias administrativas, dió la *Carta*, que ha sido la Constitucion del estado hasta 1830. Sus bases fueron establecidas en la fa-

mosa declaracion de Saint-Ouen, que es sobrado importante, para que no produzcamos su testo literal. Decía así:

DECLARACION

DEL REY.

« Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, á los que las presentes vieren, salud. »

« Restituido por el amor de mi pueblo al trono de mis mayores, é instruido por las desgracias que ha experimentado la nacion, cuyo gobierno se me encarga; mi primer cuidado se dirige á reclamar la mutua confianza, sin la cual ni yo puedo estar tranquilo, ni ella ser feliz. »

« Despues de haber leído atentamente el plan de Constitucion, propuesto por el senado y acordado en la sesion del 6 de abril próximo pasado, reconozco la bondad de sus bases, aunque muchos de sus artículos se resienten de